



RICHELIEU Y OLIVARES

John H. Elliott

John H. Elliott

Richelieu y Olivares



Traducción castellana de
Rafael Sánchez Mantero

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2002
Primera edición en esta nueva presentación, abril de 2017

Richelieu y Olivares
J. H. ELLIOTT

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Richelieu and Olivares*

© 1984, Cambridge University Press, Cambridge
© de la traducción, Rafael Sánchez Mantero, 1984
© del diseño de cubierta, Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-91-2
Depósito legal: B. 5880 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

<i>Agradecimientos</i>	7
<i>Introducción</i>	9
1. Estadistas y rivales	19
2. Señores y criados	49
3. Restauración y reforma	87
4. Mantua y sus consecuencias	123
5. Guerra y razón de estado	161
6. Fracaso y éxito	201
<i>Abreviaturas</i>	239
<i>Bibliografía</i>	241
<i>Índice de láminas</i>	253
<i>Índice alfabético</i>	255

Estadistas y rivales

Estos dos grandes antagonistas, Richelieu y Olivares, fueron casi exactamente contemporáneos. Sólo había dos años de diferencia entre ellos —Richelieu había nacido en 1585, Olivares en 1587— y ambos vivieron casi el mismo tiempo: Richelieu murió a los 57 años, Olivares a los 58. Los dos eran hijos terceros de nobles padres al servicio de la corona, una categoría social que estaba integrada por demasiados miembros superfluos a ambos lados de los Pirineos. Los condes de Olivares, como miembros de la aristocracia titulada de Andalucía, tenían sin duda ventaja social sobre los Du Plessis, notables campesinos de Poitou, pero las dos familias alimentaban un profundo sentimiento de descontento, producto de la diferencia entre el nivel que realmente tenían y el que creían que debían tener.¹

Los condes de Olivares, miembros de una rama menor de la familia ducal de Medina Sidonia, creían que les habían sido arrebatados tanto el título ducal como las tierras. En compensación, quisieron establecer su propio linaje familiar como rivales de los duques de Medina Sidonia, haciendo sistemáticamente carrera al servicio de la corona. El abuelo de Olivares, el primer conde, se casó con la hija de Lope Conchillos, secretario de Fernando el

1. Sobre los antecedentes familiares y los primeros años de los dos hombres véanse especialmente Henri Carré, *La jeunesse et la marche au pouvoir de Richelieu, 1585-1624*, París, 1944, y Marañón, *El conde-duque de Olivares, op. cit.*

Católico y del emperador Carlos V. Los orígenes modestos de la familia de la abuela, y su notoria ascendencia judía, llegarían a rondar hasta su nieto. El padre de Olivares, el segundo conde, se hizo de renombre como digno rival del irascible papa Sixto V durante su etapa como embajador español en Roma; y fue en Roma donde nació el mismo Olivares en 1587. Más tarde su padre sirvió como virrey de Sicilia y Nápoles, antes de regresar en 1600 a Madrid, donde fue encargado de las finanzas de la corona y se le dio un asiento en el más alto consejo de gobierno, el Consejo de Estado. A pesar de estos logros, murió en 1607 como un hombre desengañado, que no pudo culminar su ambición suprema de llegar a ser grande.

La rama menor de la familia Du Plessis, a la que pertenecía Richelieu, también se valió de casamientos y de contactos cortesanos para mejorar su posición en el mundo, aunque lo hizo de forma menos sistemática y, desde luego, con menos éxito, que los condes de Olivares. Sin embargo, el padre de Richelieu, una sombría figura, fue nombrado gran preboste de Francia por Enrique III, y fue uno de sus más fieles consejeros. A pesar del asesinato de Enrique, François du Plessis hubiese podido lograr la consolidación de la suerte de la familia si no hubiese muerto un año más tarde, en 1590, a la edad de sólo 31 años. De esta forma, dejó grandes deudas, tierras abandonadas y una notable esposa, Suzanne de la Porte, hija de un letrado y nieta de un boticario, orígenes tan modestos como los de la abuela de Olivares.

La conciencia de una cierta inferioridad social en la ascendencia familiar reciente pudo haber agudizado la casi obsesiva preocupación sobre la diferencia de categorías que mostraron tanto Richelieu como Olivares, y reforzado su respectiva decisión de hacer aceptar al mundo la alta estima en que ellos mismos tenían a sus familias. Pero Richelieu sufría además la desventaja de ser pobre. Olivares creció como digno hijo —incluso siendo el menor— de un virrey; Richelieu era uno de los cinco hijos de una viuda que vivía en unas condiciones muy precarias, y cuando escribió, como lo hizo en el *Testament politique*, acerca

de las necesidades que padecía en Francia la nobleza provincial, lo escribió con el corazón.²

Como hijos terceros, Gaspar de Guzmán y Armand du Plessis hubiesen tenido que buscarse la vida por sí mismos, incluso con la ayuda de parientes en la corte. Irónicamente, el primero fue iniciado en la carrera eclesiástica, y el segundo en la laica, pero en cualquier caso, fue Olivares el que permaneció como laico y Richelieu el que tomó las órdenes. Los requerimientos de la familia forzaron en ambos casos un cambio de planes. El conde de Olivares envió a su hijo a la Universidad de Salamanca en 1601 a estudiar cánones y leyes para que se preparase para la carrera eclesiástica. Dadas sus conexiones familiares, debería haber llegado a cardenal, y la rivalidad de las dos grandes potencias católicas de Europa podían haber estado personificadas en dos príncipes de la Iglesia, los cardenales Guzmán y Richelieu. Pero la muerte accidental del hermano mayor que aún vivía le dejó como futuro cabeza de familia y sin más remedio que casarse y perpetuar el linaje. Abandonó la universidad, donde había sido elegido rector por sus compañeros estudiantes, y se reunió con su padre en la corte, sucediéndole en 1607 como tercer conde de Olivares. Casó con una prima que le dio tres hijos, de los cuales solamente uno, su hija María, sobrevivió la infancia para convertirse en la presunta heredera al título y a los bienes.

La primera formación de Armand du Plessis se realizó exactamente en una dirección opuesta. Desde el Collège de Navarre en París, donde fue enviado a los nueve años, marchó a la famosa academia de Pluvinel para ser entrenado en las artes marciales y cortesanas. Fue la súbita decisión de su hermano Alphonse, de convertirse en monje cartujo, en vez de aceptar el nombramiento al obispado familiar de Luçon, lo que le persuadió, tanto a él como a su familia, de que debía abandonar sus planes para la carrera militar y tomar a cambio las órdenes. «Aceptaré —dijo—

2. *Tp*, parte I, cap. 3.

para el bien de la Iglesia y la gloria de nuestro nombre.»³ Volvió al Collège de Navarre para estudiar teología y filosofía, lo cual hizo con una asiduidad que no había mostrado Olivares en Salamanca. En 1606, a través de la influencia de su hermano mayor que estaba en la corte, fue debidamente nombrado obispo de Luçon, pero al no haber cumplido todavía la edad canónica, tuvo que ir a Roma para pedir dispensa. Allí, cuando todavía no había cumplido los veintitrés años, fue ordenado después de haber causado un considerable impacto personal en Pablo V, y fue consagrado obispo el mismo día. Fue aceptado como becario en la Sorbona, aprobó con brillantez sus exámenes, y en diciembre de 1608 hizo su entrada solemne en la diócesis, la primera vez en treinta años que ésta veía a un obispo.

Durante sus años en la diócesis de Luçon azotada por la pobreza, desde 1608 hasta 1616, Richelieu adquirió experiencia de primera mano a escala local de los dos grandes problemas que afligían a Francia a escala nacional: la debilidad de la autoridad real y la semiautonomía de los hugonotes. Poitou, con su larga costa, había sido una provincia rica a comienzos del siglo xvi, pero había sido muy afectada por las guerras de religión. El desorden era endémico, y la propia familia de Richelieu no era ajena a las rivalidades locales que habían desgarrado al Poitou. Por orden de la abuela del cardenal, su padre había asesinado al señor local, que había dado muerte a su hermano delante de la iglesia del lugar, en Braye. La provincia se hallaba también dolorosamente dividida por enfrentamientos religiosos. Los hugonotes constituían una poderosa minoría en Poitou, y suficientemente arraigada en sus once *places de sûreté* como para abrigar esperanzas de construir un estado dentro del estado, cuando la corona cayó en un colapso después del asesinato de Enrique IV en 1610.⁴

3. Carré, *La jeunesse*, *op. cit.*, p. 19.

4. Sobre Poitou en la época de Richelieu, véase P. Boissonnade, *Histoire de Poitou*, París, 1915, caps. 8 y 9.

Como administrador y clérigo, Richelieu se forjó una imagen de obispo de la Contrarreforma. Entró en estrecho contacto con destacadas personalidades del movimiento católico de reforma, que tenía un importante centro en Poitiers; publicó un manual de confesores, y se dispuso a reformar su conflictiva diócesis. También desarrolló durante esos años un estilo muy eficaz de oratoria de púlpito. Al ser uno de los prometedores eclesiásticos jóvenes que llamaron la atención de aquella figura influyente que era el cardenal Du Perron, fue escogido para hablar en nombre del estamento eclesiástico en la reunión de los Estados Generales en Poitiers, en 1614, realizando una elocuente llamada a la oración, al ejemplo y a la persuasión, como únicas armas contra los hugonotes. Aunque hubiese hablado en esta ocasión en nombre del estamento más que en el suyo propio, no sería extraño que este alegato en favor de la tolerancia reflejase una convicción personal, producto de la experiencia de dirigir una diócesis con una amplia minoría hugonote.⁵

Mientras que Richelieu estaba administrando su diócesis poitevina, Olivares estaba de vuelta en Sevilla, intentando poner orden en su casa después de haber saldado enormes deudas en la corte. Aunque había nacido en Roma, era hijo de Andalucía, al igual que Richelieu, que aunque había nacido en París, se podía considerar hijo de Poitou. Andalucía, cuya suerte durante el siglo anterior había estado ligada al nuevo mundo de América, estaba todavía viviendo de la febril prosperidad traída por las riquezas de las Indias; pero en los años en que Olivares vivía como un potentado noble en esa opulenta ciudad de Sevilla, el comercio americano, del que dependía su prosperidad, estaba comenzando a decaer. Los problemas de Sevilla eran aquellos de la contracción de los recursos y de la caída de la prosperidad, los mismos problemas que, a escala nacional, dominarían la carrera ministerial de Olivares cuando se trasladó a Madrid.

5. Cf. Deloche, *Autour de la plume du cardinal de Richelieu*, París, 1920, p. 97.

Sin embargo, a diferencia de Richelieu, Olivares no parece que obtuvo ninguna experiencia administrativa durante aquellos años de vida provinciana. Heredó de su padre el título de alcaide perpetuo de los alcázares y atarazanas reales de Sevilla, pero sus obligaciones eran meramente honoríficas. No obstante, puede decirse que completó en Sevilla la educación que había abandonado en Salamanca. La Sevilla de comienzos del siglo xvii era una ciudad que se sentía orgullosa de su vida literaria y artística, y Olivares se convirtió en el compañero y mecenas de poetas y hombres de letras. También en este período puso las bases de lo que llegaría a ser una de las más espléndidas bibliotecas privadas de toda la Europa del siglo xvii.

Richelieu y Olivares no eran la dase de hombres que se contentasen con los constreñimientos de la vida provinciana. Ambos tenían puestas firmemente sus miras en la corte. Pero, mientras que esperaban su oportunidad, construyeron cuidadosamente la base de un poder local y se agenciaron un nutrido número de clientes y de agentes para su utilización futura. Los efectos de esta maniobra habrían de verse cuando alcanzasen el poder. Richelieu se rodearía en París de poitevinos, o de hombres a los que llegó a conocer en Poitou: los Bouthilliers; el padre Joseph; Théophraste Renaudot, el futuro fundador de la *Gazette*; marinos como Razilly, que le asesoraría sobre asuntos navales y coloniales; y familiares poitevinos, como los La Porte, que serían nombrados para altos cargos militares y administrativos.⁶ Los contactos poitevinos en el París de Richelieu serían paralelos a las conexiones andaluzas en el Madrid de Olivares: en primer lugar sus familiares, como los Haros y don Diego Mexía, pero también oficiales de la corte y del gobierno, como Juan de Fonseca y Francisco de Calatayud, y el más ilustre de todos los sevillanos, el futuro pintor del rey, Diego Velázquez.

Aunque pueda resultar extraño, fue el mismo acontecimiento —la alianza matrimonial franco-española de 1615— el que pro-

6. Boissonnade, *Histoire de Poitou*, *op. cit.*, p. 224.

porcionó a cada uno su oportunidad. Los años sevillanos de Olivares tocaron su fin cuando en 1614 fue designado para ocupar un cargo en la corte como gentilhomme de la cámara del heredero del trono, el príncipe Felipe, a quien se puso su propia casa antes de su matrimonio con Isabel, la hermana de Luis XIII.⁷ El mismo Luis iba a casarse con la hermana de Felipe, Ana, y la corte francesa se detuvo en Poitiers, en su viaje hacia la frontera para el intercambio de novios. Allí el obispo de Luçon conoció a la regente, María de Médicis, que necesitaba un limosnero, y su encuentro provocó el resultado apetecido. Una vez ligado a la casa de la reina regente, Richelieu se las arregló para desempeñar el papel de consejero, y un año más tarde, en noviembre de 1616, el patrocinio de aquélla le proporcionó un cargo ministerial, como secretario de estado. El desempeño de este cargo cesó bruscamente cinco meses más tarde a causa del asesinato de su mentor, Concini, pero marcó el comienzo de su carrera ministerial. Tenía entonces 35 años.

En 1615-1616, por tanto, los dos hombres irrumpieron por fin en el círculo mágico de la corte. Para cada uno de ellos, éste era solamente el primer escalón de la escalera de caracol que llevaba al alto cargo. Le llevaría a Olivares seis años más, y a Richelieu ocho, alcanzar el final, y ambos sufrieron descorazonadores tropiezos en la tortuosa subida. Estos largos, pesados, y agotadores años de espera, de proyectos e ilusiones, puede decirse que completaron su educación en la única escuela de política que contaba: la de la corte. Los desengaños y humillaciones de esos años sirvieron para probarlos hasta el límite, y confirmaron lo que ya sus enemigos sospechaban: que eran hombres de extremada ambición y fijeza de propósitos.

Los dos hombres, que ahora rondaban la treintena y se movían en los umbrales del poder, presentaban un evidente contraste de personalidad y de apariencia: Olivares de corta estatura,

7. Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, Madrid, 1857, pp. 545-546.

fuerte, de aspecto robusto y tendiendo ya a la obesidad; Richelieu delgado, pálido, anguloso, con los huesos de la cara pronunciados y su nariz afilada. El doctor Gregorio Marañón, cuya biografía de Olivares de 1936 le convierte en un pionero de la psichistoria, un campo hoy muy de moda, utilizó estas diferencias físicas como base para un ingenioso ensayo de psicoanálisis póstumo. Profesionalmente interesado en la correspondencia entre personalidad y físico, estaba muy influido por el psicólogo alemán Ernst Kretschmer, cuyo novedoso trabajo sobre *Körperbau und Charakter* fue publicado en 1921.⁸ Kretschmer había encontrado que la mayoría de sus pacientes esquizofrénicos eran altos, delgados y pálidos, mientras que la mayoría de los maníaco-depresivos eran gruesos, sonrojados y rechonchos. Basándose en ello, estableció una clasificación de los distintos tipos físicos y de personalidad: el tipo pícnico, de un temperamento cicloide, y el tipo asténico, de un temperamento esquizoide. Mirabeau, de naturaleza pícnica, era el prototipo de la personalidad ciclótica; Robespierre, físicamente asténico, de la personalidad esquizotímica.

Marañón utilizó esta clasificación para su propósito. Morfológicamente, Olivares —bajo, robusto y grueso— era, evidentemente, un pícnico; y los trazos característicos de la personalidad de un pícnico son los de un ardiente dinamismo, una energía inagotable, una propensión a los proyectos grandiosos, y momentos de extravagante júbilo alternando con profundas depresiones. Richelieu, delgado y anguloso, era no menos claramente asténico: reservado, austero, idealista, inflexiblemente severo.⁹

La tesis de Kretschmer no ha podido resistir el paso del tiempo, y sobre todo porque sus clasificaciones contienen demasiadas ambigüedades. Ni tampoco existe una buena razón para asumir que los seres humanos sean tan prisioneros de su organismo

8. Véase en castellano la selección de esta obra que se publicó en México en 1947 bajo el título *Genio y figura*.

9. Marañón, *op. cit.*, pp. 63-64.

biológico, como él trataba de sugerir. Es cierto que Olivares guarda algunas de las características de la personalidad ciclotímica de Kretschmer. A los momentos de euforia le sucedían oscuros períodos de decaimiento, y ambos estados podían llegar hasta su extremo. También es cierto que desarrolló una afición por los grandes proyectos, que daba rienda suelta a grandes invectivas, que golpeaba la mesa en arrebatos de furia, aunque también podía ser amable, suave y, desde luego, contemporizador en la conversación privada. Pero quizá más impresionante que la fluctuación de su ánimo era el grado en que podía controlar sus evidentemente poderosas emociones. Los contemporáneos quedaron impresionados por su capacidad de supremo autocontrol en el momento más terrible de su vida, cuando su hija murió en el parto en 1626, y se extinguieron sus esperanzas de sucesión.

Ahora, si volvemos la vista a Richelieu, ¿con qué dase de persona nos encontramos? Con un hombre que, como Olivares, mostraba una marcada propensión por los grandes proyectos. Con alguien que, con toda seguridad, podía presentar un frío rostro para los demás. Pero también, con alguien que padecía la hipersensibilidad más acusada; que, como Olivares, era propenso a los súbitos y terroríficos arrebatos de cólera; que rompía a llorar con embarazosa facilidad, y cuyo sistema nervioso era tan tenso que en los momentos de depresión se derrumbaba físicamente. Mathieu de Morgues, un testigo hostil, pero que le conocía bien, lo describe como un hombre de un talante colérico y melancólico.

Es infeliz en su felicidad, y ni la buena suerte ni la mala le proporcionan tranquilidad de ánimo ... Nunca está tranquilo, porque siempre se halla a medio camino entre el temor y la esperanza ... Pierde su temple con la gente, con los acontecimientos, con la fortuna, consigo mismo.¹⁰

10. Morgues, «La très humble ... remontrance» (1631), *Recueil, op. cit.*, pp. 13, 16. Sobre el carácter de Richelieu, véase especialmente Louis Batiffol, *Richelieu et le roi Louis XIII*, París, 1934, cap. 2.

Estos testimonios contemporáneos, que parecen indicar algunas sorprendentes semejanzas de carácter, llevan inevitablemente a la reflexión de que, durante sus años de poder, tanto Richelieu como Olivares trabajaban hasta el límite de su resistencia, esperando constantemente noticias que, casi siempre, eran malas. Hubiese sido sorprendente que no hubiesen caído de vez en cuando en agudas depresiones. Las circunstancias, pues, no favorecían mucho la ecuanimidad de juicio. Pero más allá de las circunstancias, pudo haber también algún elemento de intención. Ambos hombres tenían un cierto sentido teatral. Los estallidos de furia ¿eran invariablemente espontáneos e incontrolados? Richelieu no debe ser completamente descreído cuando escribía al arzobispo de Burdeos: «Mis furores están todos inspirados en la razón».¹¹ Y con respecto a sus lágrimas, María de Médicis señaló en una ocasión que «llora cuando quiere».¹² Los dos ministros jalonaron sus carreras con amenazas de dimisión. En cierta medida, éstas coincidieron con momentos de prostración física y mental, pero también pueden ser consideradas como jugadas calculadas para reforzar sus posiciones en momentos de crisis política.

Sin embargo, aun aceptado todo esto, sus contemporáneos se daban cuenta, comprensiblemente, de que estaban ante dos personalidades que no eran como los demás hombres. El duque de Módena, cuya ecuanimidad de juicio no está del todo clara, quedó pasmado cuando conoció a Olivares en 1638. «Sencillamente no puedo creer —escribió— que haya otro hombre en el mundo como el conde. Su cabeza vale más que la de diez hombres juntos ...»¹³ Los admiradores de Richelieu mostraron similar pasmo ante su genio. Al mismo tiempo, sus detractores detectaron tam-

11. Batiffol, *Richelieu et le roi Louis XIII*, p. 59.

12. *Ibid.*, p. 24.

13. Citado por Manuel Fernández Álvarez, «El fracaso de la hegemonía española en Europa», *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, XXV, Madrid, 1982, p. 746.

bién en los dos hombres algo fuera de lo corriente, y hablaron alevosamente de anormalidad mental y física y, en el cardenal, de un carácter aparentemente epiléptico. Había ciertamente una vena de locura en la familia Du Plessis. Si el mayor de los hermanos de Richelieu, Alphonse, creía a veces que era Dios, al menos estaba en buena compañía; pero su hermana, madame de Brézé, que no se atrevía a sentarse porque creía que estaba hecha de cristal,¹⁴ podía haber salido de una novela ejemplar de Cervantes. Curiosas historias circulaban sobre su extraño comportamiento en privado,¹⁵ y se decía que en momentos de crisis aullaba y echaba espuma por la boca. Olivares era también considerado por sus enemigos como no completamente sano de juicio, y se decía que había sufrido períodos de serios trastornos mentales durante su juventud. También se había observado que realizaba repentinos movimientos involuntarios de cabeza, manos y piernas.¹⁶ Su estado mental durante sus últimos años en el cargo continúa siendo una cuestión abierta, pero no hay duda de que en el momento de su muerte, en 1645, había perdido el juicio.¹⁷

Los dos hombres eran notorios hipocondríacos —Olivares bromeó sobre ello cuando agradeció a su cuñado una carta «tan llena de hipocondría como si fuera mía»—¹⁸ y ambos caían periódicamente en estado de postración por lo que parecían ser agudísimas jaquecas. Los dos padecían de insomnio, y sobre todo Richelieu realizó muchos de sus escritos y dictados durante sus largas noches de vela.¹⁹ Olivares parecía ciertamente el más robusto de los dos, al menos hasta que las preocupaciones del car-

14. Philippe Erlanger, «Le roi et son ministre», en *Richelieu*, Hachette (Collection Génies et Réalités), París, 1972, p. 155.

15. Véase la carta de Carlota-Isabel de Baviera, citada en Marc Pierret, *Richelieu ou la déraison d'état*, París, 1972, p. 73, donde se le describe cuando actuó en una ocasión creyéndose que era un caballo.

16. ASF, Mediceo, legajo 4.963, despacho de Monanni, 14-XI-1637.

17. Marañón, *op. cit.*, pp. 398-399.

18. AGS, Estado, legajo 2.713, Olivares a Monterrey, 30-X-1629.

19. A. Aubery, *Histoire du cardinal duc de Richelieu*, París, 1660, p. 595.

go produjeron su efecto, y fue un jinete de primera clase durante sus primeros años. Pero a medida que pasó el tiempo fue haciéndose más obeso, a pesar de su frugal forma de vida, y padeció cada vez más diversas enfermedades, incluida la gota. La salud de Richelieu fue precaria desde el principio, su constitución era notoriamente delicada; fue abatiéndose a causa de repetidas enfermedades, y estaba permanentemente rodeado de un grupo de médicos que lo sangraban y purgaban implacablemente. No puede sorprender que sus cartas estén llenas de analogías médicas. «La enfermedad de Francia —escribía en 1628— era una de las que los médicos llaman complicada.»²⁰ Los suyos le dieron a él el mismo diagnóstico.

A pesar de sus respectivas aflicciones mentales y corporales, los dos personajes mostraron una extraordinaria capacidad para superar sus crisis con el supremo esfuerzo de su voluntad. Las diferencias en lo físico y en lo temperamental resultan insignificantes ante la obsesiva determinación que ambos desarrollaron para convertirse en absolutos dueños de ellos mismos y del mundo. Uno de los embajadores de Venecia describía a Olivares como un hombre con «la ambición de dominar».²¹ Richelieu, según Morgues «es todo, lo hace todo, lo tiene todo».²² Ambos eran impulsados por lo que Morgues, al referirse a Richelieu, llama una «*déréglée ambition*»,²³ pero había aquí algo más que ambición, aunque ésta fuese importante.

Los dos hombres poseían ciertos intereses y características en común. Especialmente, eran apasionados coleccionistas de libros, que estaban dispuestos a llegar hasta donde fuese para conseguir algún codiciado volumen para sus bibliotecas. Richelieu coleccionaba también pinturas y esculturas antiguas, pero cual-

20. Grillon, III, p. 204.

21. N. Barozzi y G. Berchet, *Relazioni degli stati europei. Serie I. Spagna*, Venecia, 1856, II, p. 15.

22. Morgues, «Jugement sur la préface», *Recueil, op. cit.*, p. 20.

23. Morgues, «La très humble ... remontrance», *Recueil, op. cit.*, p. 49.

quier inclinación que Olivares pudiese haber tenido en esta dirección parece que se canalizó adquiriendo obras para la gran colección real de Felipe IV.²⁴ Tampoco se sabe si Olivares compartía el entusiasmo de Richelieu por la música.²⁵ A ambos hombres les gustaba inicialmente la pompa y el boato, a los que Richelieu dio rienda suelta completamente una vez que alcanzó el poder supremo, y sólo en parte porque los consideraba propios de una persona de su categoría y de su *status* como príncipe de la Iglesia. Olivares, por el contrario, abandonó su espléndida forma de vida de sus primeros años en Sevilla al poco tiempo de conseguir un alto cargo, y a finales de la década de 1620 llegó a adoptar un régimen de austeridad casi espartana. Sin embargo mantuvo una servidumbre privada, que era aproximadamente de las mismas dimensiones que la del cardenal, cuyo gusto por la grandiosidad estaba acompañado por una bien calculada parsimonia. Había 166 criados en la casa de Olivares, y 180 en la de Richelieu. Las cuadras de Olivares tenían, no obstante, sólo 32 caballos y mulas, frente a los 140 de las de Richelieu.²⁶ Como —al contrario que Richelieu— vivía en el mismo palacio real, viajaba mucho menos.

Los ministros compartían, además, una desmedida afición a la planificación y a la construcción arquitectónica, aunque la expresaban de diferente manera. De acuerdo con sus propias necesidades, Olivares se dedicó a construir en la década de 1630 una modesta casa de una planta junto a un convento en Loeches,

24. Véase Jonathan Brown y J. H. Elliott, *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid, 1981, cap. V.

25. Sobre Richelieu y los músicos en su casa, véase Maximin Deloche, *La maison du cardinal de Richelieu*, París, 1912, cap. 11.

26. *Ibid.*, p. 485; Marañón, *op. cit.*, apéndice VIII. Desgraciadamente la lista de los criados de Olivares no lleva fecha, y no está claro si se refiere al período anterior o posterior a su residencia en el palacio, donde recurrió a su plantilla para atender a la mayor parte de sus necesidades. Sin embargo, siguió manteniendo una casa en la ciudad con su servidumbre completa en la calle de la Cruzada (véase Marañón, *op. cit.*, p. 263).

una villa insignificante en la árida meseta castellana, alrededor de treinta kilómetros de Madrid. Todas sus formidables energías como arquitecto frustrado fueron empleadas en proyectar, construir y amueblar el gran palacio de descanso del Buen Retiro, que levantó para Felipe IV en las afueras de la capital, y en disponer la plantación y el sistema de riego de sus magníficos jardines.²⁷ Richelieu, por el contrario, construyó para sí mismo en gran escala, remodelando sus *châteaux* en Limours y Rueil, y construyendo el Palacio del Cardenal en París y un enorme *château* en Richelieu, en Poitou, donde creó de la nada una ciudad nueva y poco habitable, que fue trazada de acuerdo con los principios más racionales de los cánones urbanísticos del siglo XVII.²⁸ Una de las ironías de la carrera de Richelieu fue que su gran cantidad de trabajo y su escasa salud le impidieron ver los resultados de su propio proyecto, o visitar el *châteaux* que había construido y amueblado a tan alto costo.

Otra de sus características comunes era la añoranza de los dos hombres por la vida militar. «No hay otra cosa que tanto holgará como de no morir sin ser soldado, cosa a que toda mi vida he tenido inclinación, en toda edad y en todo estado», escribió Olivares a un amigo en 1630.²⁹ Lo más cerca que estuvo de satisfacer su ambición fue en 1642, cuando acompañó al rey como teniente general al frente de Aragón.³⁰ Cuatro años antes, cuando los franceses atacaron la fortaleza de Fuenterrabía, tuvo que contentarse con dirigir las operaciones de auxilio a larga distancia, desde Madrid. Richelieu, por el contrario, consiguió tres veces, a lo largo de su carrera ministerial, ponerse en contacto con el sonido y con el olor de la batalla. En el sitio de La Rochela, vestido con un

27. Para el Buen Retiro, véase Brown y Elliott, *Un palacio para el rey*, *op. cit.*

28. Véanse René Crozet, *La vie artistique en France au XVII^e siècle*, París, 1954, pp. 90-94, y Louis Batiffol, *Autour de Richelieu*, París, 1937, cap. 4. Para Richelieu sobre arquitectos y arquitectura véase en especial *Tp*, pp. 236, 279.

29. ADM, legajo 79, Olivares al marqués de Aytona, 16-XII-1630.

30. Véase su extraña carta en respuesta a su nombramiento en *Mc*, II, doc. XVIII.

bizarro uniforme, mitad eclesiástico, mitad militar, que seguramente consideraba apropiado para un prelado que era al mismo tiempo teniente general del rey,³¹ ejerció un control total sobre la estrategia, y en ocasiones asumió personalmente el mando de las operaciones militares; y en 1629 y, de nuevo, en 1630, cruzó la frontera de Italia con los ejércitos invasores franceses, compartiendo las penalidades de los soldados a su paso por los Alpes.

Si las ansias por el mando militar y por la afirmación arquitectónica eran características de la mentalidad aristocrática en la Europa moderna, también insinuaban una predisposición a favor del orden, la disciplina y el control. Ambos hombres se hallaban impulsados por una acuciante determinación de imponer orden en un mundo revuelto. En un universo gobernado en general por las pasiones, según Richelieu, era «necesario tener una virtud varonil y hacer todo de acuerdo con la razón».³² «Las mujeres y los más de los hombres —señala Olivares— llegan a obrar más lo mejor por el rigor y miedo que por el ruego y el amor.»³³

Esos instintos autoritarios podían muy bien tener profundos orígenes psicológicos, pero sus fuentes continúan siendo vagas. Si no pueden encontrarse en una presunta relación entre lo físico y lo temperamental, quizá puedan rastrearse en la experiencia de la infancia. Pero también aquí, la evidencia es frustrante. Como muchos de sus contemporáneos, los dos niños crecieron en un hogar de un solo padre. Olivares perdió a su madre, la «santa condesa», como la llamaba Sixto V, a la edad de siete años, y fue educado por un padre severo, que nunca volvió a casarse. Richelieu, al contrario, perdió a su padre a la edad de cinco años, y su infancia se vio ensombrecida por la presencia de dos mujeres dominantes: su madre y su abuela.³⁴

31. D. P. O'Connell, *Richelieu*, Londres, 1968, p. 166.

32. *Tp*, p. 276.

33. BL, Add. ms. 14.000, f. 732, minuta de voto de Olivares, 15-X-1626.

34. Para intentar conocer las consecuencias psicológicas, véase Pierret, *Richelieu ou la déraison d'état*, *op. cit.*

Durante su vida, las mujeres se sintieron muy atraídas por Richelieu, y sus enemigos difundieron muchas historias sobre sus relaciones con ellas, aunque no exista ningún testimonio claro que pueda apoyarlas. Él mismo advertía en su *Testament politique* que no había nada más peligroso para un hombre con una vida pública que la atadura de las mujeres,³⁵ reacción nada extraña en un hombre que se vio obligado a invertir una gran cantidad de tiempo y energía emocional en desenmarañar las intrigas de mujeres de mentalidad política en los altos puestos, como la reina madre, madame Du Fargis, y la duquesa de Chevreuse. Aprendió a un elevado costo, según dejó escrito, «cuán difícil es hacer desistir a las mujeres de decisiones tomadas bajo la influencia de la pasión»,³⁶ esa palabra que para él era sinónima de desorden y desgobierno. Olivares compartía esos sentimientos, que eran un lugar común de la época. A diferencia de Richelieu, no parece haber tenido mucho encanto para las personas del sexo opuesto. Durante sus primeros años llevó la vida de promiscuidad que era normal en un joven noble español, y tuvo un hijo que llegó más tarde a legitimizar; pero después de la muerte de su hija en 1626, se convirtió en un modelo de fidelidad matrimonial, y parece que encontró cada vez más consuelo con la compañía y con el apoyo de su austera y bastante severa esposa.

El oscuro mundo de la psicohistoria no parece revelar muchos secretos en este tema. El autoritarismo de ambos hombres tenía sus raíces en un pesimismo latente sobre la naturaleza humana que derivaba de su religión. «Somos hombres y hemos de errar», como señalaba Olivares.³⁷ Profundamente imbuido del sentido del pecado original, tanto él como Richelieu eran escépticos sobre los destinos del conjunto de la humanidad si no se sometía a una disciplina y a un control rigurosos. Pero dentro de

35. Véase Batiffol, *Richelieu et le roi Louis XIII*, *op. cit.*, p. 51.

36. Avenel, IV, p. 55.

37. *Mc*, II, p. 206, Olivares a Chumacero, 22-X-1641.

los límites de una estricta ortodoxia, esto no les impedía adoptar una forma relativamente tolerante del catolicismo de la Contrarreforma, caracterizada por la curiosidad intelectual y las resonancias humanistas. Cada uno de ellos había sido educado para la carrera eclesiástica, y aunque Olivares la abandonó, parece que mantuvo un activo interés por los problemas teológicos. Su biblioteca incluía, por dispensa especial, una sección de libros incluidos en el Índice, entre los cuales se hallaban los libros de Erasmo. Poseía licencia para tener y estudiar los trabajos de los rabinos sobre el Antiguo Testamento; y, al menos según sus enemigos, tenía por costumbre leer el Corán.³⁸

Richelieu, profesionalmente eclesiástico, tenía presumiblemente un conocimiento más amplio que su rival sobre los temas más sutiles de la teología. En su doble capacidad de teólogo y de pastor de almas, había contraído una gran deuda con el catolicismo español de la Contrarreforma, compartiendo con san Francisco de Sales una especial admiración por los trabajos de fray Luis de Granada.³⁹ Los escritos de éste se basaban en una amplia variedad de tradiciones y fuentes espirituales, de las cuales no era la menos importante el *Enchiridion* de Erasmo.⁴⁰ Quizá podamos ver algún resto de la tradición erasmista en la insistencia de Richelieu sobre la sabiduría espiritual, en su preocupación por la práctica de la piedad, y en su desagrado por los extremismos, que le llevaron a deplorar las extravagancias, por una parte de los *dé-*

38. Acusaciones de leer el Corán en AHN, Inquisición, legajo 494, n.º 38, ff. 70-73, *Nacimiento, vida y costumbres de don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares*. La copia del catálogo de la biblioteca de Olivares conservado en la Biblioteca del Vaticano (Barb. Lat. ms. 3.098) tiene una sección con la lista de los libros prohibidos. Estoy en deuda con el profesor Antonio Domínguez Ortiz por la referencia que me facilitó del permiso que dio el inquisidor general el 19 de enero de 1624 para estudiar los trabajos rabínicos (AHN, Inquisición, libro 92, f. 404).

39. Deloche, *Autour de la plume du cardinal de Richelieu*, op. cit., pp. 32-36.

40. Marcel Bataillon, *Erasmo y España. Estudio sobre la historia espiritual del siglo XVI*, México, 1950, II, p. 197.

vots que preconizaban la extirpación del protestantismo por la fuerza, y por otra la de los jansenistas.⁴¹

Por temperamento y vocación, Richelieu fue siempre un teólogo dialéctico, ansioso por convertir mediante la argumentación y la persuasión. Por supuesto, su carrera resulta incomprensible si no se tiene en cuenta que el *homme d'état* era también *homme d'église*,⁴² profundamente influido por sus experiencias en la diócesis de Luçon, donde se enfrentó con el doble reto de convertir a los protestantes y revigorizar la vida católica mediante la imposición de la disciplina, el orden y la reforma. Sus contemporáneos, confundidos por el aparente secularismo de gran parte de su política, tendían a cuestionar, al igual que generaciones posteriores, la autenticidad de su compromiso religioso. No obstante, éste, como en el caso de Olivares, parece que se profundizó con el paso de los años.

Hay indicios en 1636 de alguna forma de crisis religiosa, cuando la coincidencia de amenaza de calamidad nacional y de desesperación personal llegaron casi a abrumar al cardenal. Si Olivares tenía confesores jesuitas, Richelieu los tenía capuchinos; y fue su amigo y confesor, el capuchino padre José, el que levantó su espíritu en este crítico momento.⁴³ El místico sentido del padre José de la presencia latente de un poder sobrenatural contribuyó a reavivar la confianza de Richelieu en sí mismo y en su misión, y llevó al parecer nuevo fervor a sus devociones. A comienzos de la década de 1630 tomó firmes medidas, por instigación del padre José, contra el iluminismo en Francia; pero en sus últimos años escuchaba con simpatía los informes de milagros y revelaciones divinas, que consideraba como valiosas indi-

41. Cf. Erich Hassinger, «Das politische Testament Richelieus», en *Historische Zeitschrift*, n.º 173 (1952), p. 492.

42. Véase J. Orcibal, «Richelieu, homme d'église, homme d'état», en *Revue d'Histoire de l'Église de France*, n.º 34 (1948), pp. 94-101.

43. Gustave Fagniez, *Le Père Joseph et Richelieu*, París, 1891-1894, II, pp. 309-310.

caciones de la intervención de la Providencia en los asuntos de los hombres.⁴⁴

Olivares, por su parte, parece que fue siempre precavido ante los informes de revelaciones sobrenaturales, que eran cosas tan características de la vida religiosa de su tiempo.⁴⁵ Pero su propia vida religiosa, que era bastante convencional en sus primeros años, conoció una profunda transformación cuando murió su hija en 1626. La súbita extinción dramática de su linaje, le mostró como ninguna otra cosa podía haberlo hecho, la vanidad de los designios humanos y la vanidad de las humanas esperanzas. Desde entonces, aunque mantuvo una dura lucha contra la desesperación, parece que se vio afectado por una creciente melancolía, y se sintió muy preocupado por los pensamientos sobre el pecado y la muerte. A partir de ese momento se apartó para siempre de la ostentación de su vida anterior y se hizo casi fanáticamente puntilloso en la observancia de sus deberes religiosos, confesando y comulgando diariamente, y dedicando muchas horas a una devoción que bordeaba el éxtasis ante sus imágenes preferidas. «Sólo salvarse importa», escribió. Todo lo demás, concluía, era «vanidad y locura».⁴⁶

La ancha franja de credulidad de ambos hombres llegaba hasta patrocinar los experimentos de los alquimistas, aunque Olivares, al contrario que Richelieu, no creía en la astrología.⁴⁷ Pero la credulidad coexistía con un racionalismo humanista in-

44. *Ibid.*, pp. 62, 310-312.

45. Véase *Mt*, II, p. 272 n. 52.

46. BL, Egerton ms. 2.053, f. 34, Olivares al duque de Carpiñano, 20-X-1628. Sobre el impacto causado por la muerte de su hija, véase Marañón, *op. cit.*, pp. 78-79.

47. Él pensó que la pasión de Wallenstein por la astrología era el peor de sus defectos (cf. su voto de 18 de mayo de 1633, en AGS, Estado, legajo 2.151). Para su patronazgo sobre los experimentos de alquimia de Vicenzo Massimi en el Buen Retiro, véase Brown y Elliott, *Un palacio para el rey*, *op. cit.*, p. 228. Sobre la fe de Richelieu en la astrología y en la transformación de los metales, Fagniez, *Le Père Joseph et Richelieu*, *op. cit.*, II, p. 312.

culcado por la educación y la lectura. Los dos, como orgullosos dueños de espléndidas bibliotecas, vivieron rodeados de libros. Los catálogos de sus respectivas bibliotecas tienen que ser todavía estudiados sistemáticamente, pero indican gustos similares; un gran interés por la historia antigua y moderna, y por la teología, la filosofía y la medicina.⁴⁸ Aunque una cosa es coleccionar libros y otra leerlos, el testimonio de un contemporáneo pone de manifiesto que Richelieu al menos, era un «devorador de libros».⁴⁹ Olivares, por su parte, disfrutaba de la compañía y de la conversación de estudiosos, y se decía que poseía un conocimiento general de todas las ciencias.⁵⁰ Ambos hombres se vanagloriaban de su erudición, y Richelieu leía el griego, el latín, el italiano y el español,⁵¹ pero no está claro si Olivares, además del latín y del italiano, sabía algo de francés.

El conocimiento de los clásicos les proporcionó los instrumentos de navegación necesarios para emprender su viaje a través de las turbulentas aguas políticas de las décadas de 1620 y de 1630. Sus críticos les acusaban de haber leído demasiado bien a los historiadores clásicos, y especialmente a Tácito. «El cardenal Richelieu —escribió Guy Patin— lee y sigue a Tácito en gran medida. Por eso es tan temible.»⁵² Francisco de Melo escribió acerca de Olivares:

Los libros políticos e históricos que leía le habían dejado algunas máximas desproporcionadas al humor de nuestros tiempos; de

48. Una breve relación de la biblioteca de Olivares y de su historia, puede encontrarse en Marañón, *op. cit.*, pp. 160-161, y Gregorio de Andrés, «Historia de la biblioteca del conde-duque de Olivares y descripción de sus códices», en *Cuadernos Bibliográficos*, n.º 28 (1972). Hay un interesante intento de poner en discusión el contenido de la biblioteca de Richelieu en relación con sus ideas en Wollenberg, *Richelieu, op. cit.*, cap. 3.

49. Deloche, *Autour de la plume, op. cit.*, p. 14.

50. Valdory, *Anecdotes du ministère du comte duc d'Olivarés, op. cit.*, p. 49.

51. Batiffol, *Richelieu et le roi Louis XIII, op. cit.*, p. 56.

52. Citado por Thuau, *Raison d'état et pensée politique, op. cit.*, p. 44.

donde procedía intentar a veces cosas ásperas, sin otra conveniencia que la imitación de los antiguos; como si los mismos Tácitos, Sénecas, Patérculos, Plinius, Livios, Polibios y Procopios de que se aconsejaba no mudaran de opinión, viviendo ahora, en vista de las diferencias que cada época impone a las costumbres y a los intereses de los hombres.⁵³

Resulta difícil saber si este testimonio es sincero, sobre todo porque los dos ministros parecen haber estado de acuerdo en cumplir una frase que Olivares pronunció una vez: «los grandes hombres nunca alegaron autores, sino la razón».⁵⁴ Compartían una profunda convicción en la decisiva importancia de la razón y de la aplicación de los principios de la racional teoría del estado a la política concreta, aunque ambos aceptaban que incluso la razón tenía sus limitaciones. «La razón —observaba Olivares— vale muy poco en el mundo donde hay interés.»⁵⁵ La visión de Richelieu sobre el mundo se basaba, quizá de una forma más sistemática y coherente que la de Olivares, en la creencia en la necesaria primacía de la razón. «La razón», a la cual equiparaba con la «ilustración natural» (*lumière naturelle*),⁵⁶ es una palabra que aparece repetidamente en sus escritos, especialmente si su *Testament politique* se considera como representativo de su pensamiento. Pero incluso Richelieu se vio obligado a aceptar que los dictados de la razón, aunque deseables, tenían a veces que ser olvidados. Cuando discutía esa lacra de la monarquía francesa del siglo xvii, la venta de oficios, señalaba que la razón demandaba que en un nuevo estado debían ser proyectadas las mejores leyes posibles, pero que la prudencia no lo aconsejaba en las monarquías tradicionales, donde las imperfecciones se habían con-

53. Francisco Manuel de Melo, *Epanáforas de vária historia portuguesa*, ed. Edgar Prestage, Coimbra, 1931, p. 93.

54. AGS, Estado, legajo 2.050, voto de Olivares, 7-XII-1635.

55. AGS, Estado, legajo 2.521, voto, I-VII-1637.

56. Richelieu, *Traité qui contient la méthode la plus facile ... pour convertir ceux qui se sont séparéz de l'Eglise*, París, 1651, p. 65.

vertido en algo habitual.⁵⁷ Esto recuerda una observación hecha en una ocasión por Olivares de que «son muchas las cosas que fuera mejor no ser como son, pero mudarlas sería peor».⁵⁸

Esta respuesta flexible y pragmática a los males tradicionales —una respuesta que ambos ministros consideraban como una triste necesidad— fue dignificada en el siglo xvii con el nombre de «prudencia». Richelieu estableció una clara distinción entre razón y prudencia, que siempre podían discrepar una de la otra.

A veces es una cuestión de prudencia —se nos dice en el *Testament politique*—, suavizar los remedios para hacerlos más efectivos; y las órdenes que están más cerca de la razón no son siempre las mejores, porque a veces no están perfectamente adecuadas a la capacidad de aquellos que son encargados de ejecutarlas.⁵⁹

El máximo evangelista de la prudencia a finales del siglo xvi fue Justo Lipsio. Como editor de Tácito, como abogado de las virtudes romanas cívicas y militares, y como artífice de una filosofía de la vida destinada a mezclar el cristianismo con la doctrina de los estoicos, Lipsio ejerció una enorme influencia intelectual durante los años en que Richelieu y Olivares estaban llegando a la madurez.⁶⁰ Richelieu tenía las obras completas de Lipsio en su biblioteca del Palacio del Cardenal, y una copia de la *Doctrina civil* en su biblioteca más privada de Rueil.⁶¹ Sus propios puntos de vista sobre la razón y la prudencia son muy próximos a los de Lipsio, y un sistemático examen de sus escritos revelaría seguramente una influencia directa lipsiana. Las enseñanzas de Lipsio habían sido popularizadas en Francia por Pierre Charron

57. *Tp*, p. 234.

58. AGS, Estado, legajo 2.042, Olivares en junta de 27 de junio de 1628.

59. *Tp*, p. 237. Véase F. E. Sutcliffe, *Guez de Balzac et son temps*, París, 1959, pp. 225-256.

60. Sobre la influencia europea de Lipsio en su época, véase Gerhard Oestreich, *Neostoicism and the early modern state*, Cambridge, 1982.

61. Wollenberg, *Richelieu, op. cit.*, pp. 236, 319 n. 39.

en su *La sagesse* de 1601. Charron, otro autor bien representado en la biblioteca del cardenal, relaciona el mundo del humanismo del siglo xvi con el del racionalismo del xvii, de la misma forma que asocia diestramente la filosofía de Montaigne y de Lipsio. En este período de transición entre las dos etapas del pensamiento es cuando Richelieu llegó a la madurez mental; y si podemos a veces oír en el *Testament politique* la voz de Lipsio, podemos oír también la de Charron, como cuando Richelieu insiste en la necesidad de tener una «virtud masculina y hacerlo todo de acuerdo con la razón».⁶²

La llamada de Charron a la autonomía moral del hombre le llevó inevitablemente a ser acusado de ateísmo, y Olivares sacó partido de ello cuando acusó a Richelieu en el *Nicandro* de querer introducir el pensamiento irreligioso de Charron en Francia.⁶³ Pero si Olivares se distanciaba ostentosamente de estas perniciosas corrientes, él mismo procedía de un entorno impregnado de las doctrinas lipsianas sobre la racionalidad del hombre. Su tío y mentor político, don Baltasar de Zúñiga, había llegado a conocer y a admirar a Lipsio mientras servía como embajador ante los archiduques en Bruselas.⁶⁴ Su propia biblioteca estaba bien nutrida de los escritos de Lipsio, y algunos de sus más entusiastas seguidores podían encontrarse en Sevilla, incluyendo al gran amigo de Olivares, el futuro conde de la Roca, autor de ese quintaesenciado manual lipsiano para embajadores, *El embajador*.⁶⁵

¿Qué tenía Lipsio que ofrecer a un político del siglo xvii? En primer lugar, una visión del mundo según Tácito, con destacada e irónica percepción de las motivaciones de los hombres, y sus

62. *Tp*, p. 276, y véase Sutcliffe, *Guez de Balzac et son temps*, *op. cit.*, pp. 65-67. Sobre Charron y Lipsio, Church, *Richelieu and reason of state*, *op. cit.*, pp. 75-78.

63. *Mc*, II, p. 268.

64. Cuatro cartas de Lipsio a Zúñiga están incluidas en Alejandro Ramírez, *Epistolario de Justo Lipsio y los españoles, 1577-1606*, Madrid, 1966.

65. *Mc*, I, pp. xlvii-xlviii.

máximas políticas espigadas de entre el cúmulo de experiencia histórica: máximas que poseían todas las ventajas prácticas relacionadas con las enseñanzas de Maquiavelo, sin la deshonra que llevaba aparejado su nombre. En segundo lugar, una reivindicación de esas virtudes romanas que tanto contribuyeron a la formación del estado del siglo xvii: austeridad, economía, disciplina y orden. Y finalmente, una resignación estoica, pero cristiana, ante la fortuna adversa.

El pensamiento de Tácito y de Lipsio podía ser compendiado en máximas adecuadas a las necesidades del estadista del siglo xvii. Tanto Richelieu como Olivares tenían una especial afición por las máximas, las cuales extraían de su propia sabiduría política, o de alguien que las acuñaba para ellos. No había, desde luego, falta de material al que acudir. Richelieu disfrutaba citando el consejo dado a Enrique IV por Antonio Pérez, ese archidevoto de Lipsio, y, a través de él, de Tácito, de que la base del poder debía residir en Roma, en el consejo y en el mar.⁶⁶ Es casi seguro que Olivares bebió en esta, de alguna forma, corrompida fuente de aforismos de sabiduría política. Sus confidentes incluían a ese gran superviviente de la época de Felipe II, el discípulo de Antonio Pérez, Baltasar Álamos de Barrientos, que empleó sus años de prisión preparando su famoso *Tácito español* (1614), con su extenso compendio de aforismos de Tácito para uso de políticos ocupados.⁶⁷

Con todo, ambos ministros se mostraban escépticos sobre la posibilidad de reducir la política a una simple lista de reglas, y ambos se jactaban de despreciar la sabiduría política recogida únicamente en los libros. Siempre existía lo imprevisto y lo acci-

66. *Maximes d'état et fragments politiques du cardinal de Richelieu*, ed. Gabriel Hanotaux, París, 1880, p. 38; *Tp*, pp. 348, 401. *Les aphorismes d'Antoine Pérez* fue publicado en París en 1605. Sobre Pérez y Lipsio véase Gustav Ungerer, *A Spaniard in Elisabethan England: The correspondence of Antonio Pérez's exile*, Londres, 1974-1976, II, pp. 348-350.

67. Sobre Álamos de Barrientos y Olivares, véanse las referencias en *Mc*, I, pp. 40-41.

dental, y la primera regla de todas, como insistía Olivares, era la de estar atento a las contingencias inesperadas.⁶⁸

Nada hay más peligroso para el estado —observaba Richelieu— que los hombres que quieren gobernar reinos sobre la base de máximas que extraen de los libros. Cuando lo hacen, los destruyen, porque el pasado no es lo mismo que el presente, y los tiempos, lugares y personas cambian.⁶⁹

La contingencia y la suerte podían hacer fracasar los proyectos mejor planeados. Cuando esto ocurría, los políticos tenían que recurrir a su ingenio y a su capacidad de decisión, y a su propia experiencia sobre los hombres y sobre el mundo. Aquí Richelieu tenía ventaja sobre Olivares. No sólo desempeñó el cargo de secretario de estado durante unos cuantos meses en 1616, sino que sus años en la diócesis de Luçon le proporcionaron una valiosa experiencia política y administrativa. Sólo había salido al extranjero una vez —a Roma en 1607—, y la experiencia de Olivares fuera de las fronteras españolas se reducía a los años de su infancia, pues nunca volvió a poner el pie fuera de la Península Ibérica desde entonces. No obstante, ambos hombres se empeñaron en permanecer informados sobre los otros países a través de sus lecturas y de sus entrevistas con los viajeros que volvían del extranjero.⁷⁰ Olivares tenía una estancia cartográfica en sus aposentos de palacio, donde pasaba largas horas absorto en sus mapas y planos, de tal forma que los veteranos de Flandes quedaban sorprendidos por el conocimiento tan detallado que tenía de la topografía local.⁷¹

68. AGS, Estado, legajo 2.054, «El conde-duque sobre el reparo de las cosas de Alemania», 23-X-1639.

69. *Tp*, p. 289.

70. Victor-L. Tapié, *La France de Louis XIII et de Richelieu*, París, 1967, p. 134.

71. Conde de la Roca (Juan Antonio de Vera y Figueroa), *Fragments históricos de la vida de don Gaspar de Guzmán*, en Antonio Valladares, *Semanario Erudito*, II, Madrid, 1787, pp. 266-267.